

Hombres, ideas y libros

Letras francesas

(Especial para ATENEA)

LA POESÍA

NO cabe duda: en Francia, ya nadie lee versos. Si se leen aún las obras de algunos poetas, no es por amor a la poesía, sino porque el lector corriente, lector de novelas de Pierre Benoit y aficionado a películas en serie, lee cualquier cosa con tal que le hable de amor: tal es el caso de la Condesa de Noailles. El pueblo ya no entiende de poesías. ¡Adiós sentimentalismos! Sus canciones son irónicas y sallonas, con ritmo de fox-trott y Charlestone, a tal punto, que se nos hace muy difícil comprender estados de ánimo como el del romanticismo, en que fueron inmensamente populares poetas como Victor Hugo y Lamartine, cuyos retratos amarillentos suelen verse aún hoy en el cuartito de las «Concierges». Los nietos y nietas de los que se sabían de memoria amplios y sonadores alejandrinos, tienen héroes como Rudolph Valentino... ¿Eran más cultos nuestros abuelos? Ni más ni menos. Entonces la vida era otra... Cada perro con su hueso...

No nos apresuremos a pensar mal de nuestros contemporáneos. Escuchemos más bien el sutil comentario que hace de ese estado de ánimo Jean Prevost: «Paul Valery supone, en su prefacio a *Connaissance de la Deesse*, que el dominio poético

« se extendió antaño a todas las tendencias y a todos los pen-
« samientos humanos, y que ese dominio ha ido disminuyendo,
« a medida que fueron ganando terreno las ciencias, la filo-
« sofía, la historia, hasta dejar reducidos a los poetas a la sola
« materia de la *poesía pura*. Quizás esa regresión se haya
« hecho sobre todo en nuestro espíritu: la poesía guarda en
« sus heredades todo nuestro espíritu y nuestro corazón, pero
« la actitud que haría brotar la poesía se hace en nosotros
« más y más escasa, y sólo dura un instante. El estado poético,
« —apuesto que la mayor parte de nuestros contemporáneos
« sólo lo han entrevisto un instante,—entre la adolescencia y la
« primera madurez, entre lo verde y lo violeta del crepúsculo,
« entre el último sueño y el primer pensamiento de la mañana.
« En ese estado transitorio, más escasos aún son los que desean
« dar realidad o perfección a su emoción. Hasta los que de-
« sean ennoblecer su melancolía buscan sólo una poesía breve.
« *Los que anhelan poesía ante todo, deben renunciar violentamente*
« *a todo lo demás, a la vida diaria, al conocimiento, a la razón*».
Hoy, no sólo no se quiere renunciar a nada, sino que se siente
apetito feroz ante la vida.

Un hecho significativo: la admirable revista fundada por
Adrienne Monnier, el *Navire d'Argent*, cuyo naufragio causó
sincero pesar a todos los fervientes de las letras, consagró
su último número a la poesía, como un buen barco de guerra
iza la bandera al hundirse, cuando ya no hay peligro que caiga
en manos enemigas. Hoy, una revista literaria que anhela vivir
no publica jamás más de un poema en cada número, y muy a
menudo, dan de vez en cuando a sus lectores la recompensa
de darles únicamente prosa... Adrienne Monnier, que conoce
mejor que nadie el mundo de los lectores, pues tiene una libre-
ría que dirige ella misma con atenciones de sacerdotisa, escribe,
en una «Carta a un poeta»: «No hay más de cincuenta per-
« sonas que consientan en leer la obra de los poetas jóvenes, y a
« esos les piden con justicia que les traigan una tendencia o
« fórmula nueva. Evidentemente, hay una élite, digamos... de
« tres o cuatrocientas personas en París, más cien en Provin-

«cia, y cien en el extranjero (para los poetas franceses evidentemente)». Es claro que los poetas ya consagrados tienen mayor número de lectores, pero esos no tienen, para Adrienne Monnier, el valor de los que buscan, entre los jóvenes, al gran poeta de mañana, de los que fueron, «en 1913-1914, los lectores de las *Cinq grandes Odes* de Paul Claudel y de las *Odes et Prières* de Jules Romains».

He aquí pronunciados dos grandes nombres de poetas, nuestros contemporáneos. Pues sucede con la poesía francesa actual lo que pasa con las religiones perseguidas: escasean los fieles, pero los que quedan son de pura cepa; y surgen santos, mártires, grandes figuras de proa. Nombremos, junto a Claudel y Romains, a Paul Valery, a León Paul Fargue, a Jules Supervielle. Pido excusas al lector por citar otra vez a Jean Prevost, y traducir aquí el retrato sintético que nos da de los más famosos entre esos poetas, estudiando los principales resortes de su genio y reputación; nos da también el *por qué* de la distancia enorme que separa a esos poetas no sólo del pueblo francés, sino que hasta del lector mediano:

«Hoy, parece casi imposible que los poetas puedan expresar sentimientos normales en una forma regular. Los ritmos, las imágenes y las palabras están gastados. Aceptamos que se diferencien de los clásicos por algunos matices, con tal que esos matices sean nuestros; pero ellos, que son, no sólo los sucesores, sino los rivales de los clásicos, se obligan a buscar, lejos de nosotros si es preciso, caminos nuevos.

«La fuerza de Claudel ha quebrado todos los ritmos, y su palabra no sigue más que las leyes de su respiración: su poesía imita su alma, en vez de imitar su alma y la nuestra: es por lo cual su poesía no le bastó, y la fe católica era necesaria a su consuelo, a su majestad, a su mirada también sobre el mundo y los hombres. Creo que *L'Otage* es tan sólido contra los siglos como ninguna tragedia de Racine, y algunos entre sus cánticos son iguales a los más bellos poemas en todos los idiomas; pero como ha unido su fuerza a la voluntad de Dios y a las fuerzas de la Naturaleza, no busca

« la intimidad con nosotros o con sí mismo: es el Padre, pero
« el Padre a quien se trata de *Ud.*

« Valery ha vencido la misma dificultad, a veces evitando el
« sentimiento normal, incorporando pensamientos fuertes en sen-
« timientos nuevos y refinados, a veces evitando ser un poeta
« contemporáneo. A veces se inspira en Mallarmé, a veces su
« dúctil aplicación y su sonoridad perlada lo colocan cerca de
« la Fontaine; a veces parece haber realizado los sueños de
« Chénier, el pensamiento pagano y moderno de *Hermes* con
« mayor sutileza y soltura. Sus mejores poemas no tienen fecha;
« inhumanos por eso, quizás: un pensamiento que acepta un
« destino perecedero, que consiente en morir con su autor,
« formar parte de ese todo *qui va sous terre et rentre dans le*
« *jeu* nos es más próximo, nos hierde de más cerca,—más bajo,
« quizás, menos puramente,—que esas obras *salidas del juego* y
« *entradas, recién nacidas, en la eternidad*».

Al fin: nuestros grandes poetas actuales, casi siempre, hablan únicamente a nuestro cerebro. La idea de poesía se hace, cada día, más pura, más hermosa, más preciosa, más deslumbrante, pero también más lejana y fría. De aquí la tristeza inmensa que sienten los mayores poetas franceses. Paul Valery padece de un hastío devorador, de un insondable desaliento. Jules Romains nos decía hace poco que, a pesar de innumerable pruebas de admiración que recibe del mundo entero, se siente incomprendido, solitario. Fargue masca los más agrios rencores. Supervielle agrega, a las melancolias de un poeta, toda la nostalgia sur-americana. Sólo Claudel ha logrado parecer un hombre feliz, forjándose a sí mismo un mundo fantástico, de truenos y relámpagos, el mundo de Moisés en presencia de Dios.

Y eso nos hace prever una gran reacción romántica.

MARCELLE AUCLAIR.